

ACTUALIDAD Y NECESIDAD DE LA FILOSOFÍA DE SANTO TOMAS EN LA EPOCA POSTCONCILIAR (1)

Se ha dicho claramente por alguno y por otros de un modo implícito que este Concilio Ecuménico Vaticano II ha prescindido de la filosofía y teología, no teniendo en cuenta más que la pastoral. Es una interpretación totalmente falsa e inexacta.

Es verdad que una de las características de este Concilio es su carácter pastoral. Pero la Pastoral sin la teología y sin la Teología profundamente especulativa que explica los dogmas, no sería Pastoral. La Pastoral sin verdadera teología sería una moral natural de la situación superficial, casuística y acomodaticia, contra la cual se requiere reaccionar. Basta leer todos los Documentos Conciliares para encontrar en ellos, mucha, profunda y verdadera teología. Ciertamente que no expuesta de un modo escolástico, profesoral, sino de un modo, claro y sencillo, bíblico y pastoral, en cuanto fue posible. En este sentido el Concilio, ciertamente, fue más pastoral que los anteriores. Pero, en cuanto a la substancia de la exposición doctrinal de las verdades reveladas, no es posible prescindir de la teología, porque no es posible prescindir de la razón. La revelación supone la naturaleza, la razón humana. Y, por esta misma causa, la Iglesia encargada de custodiar y explicar la revelación no puede prescindir de la filosofía, ni de la filosofía en sus más altas especulaciones o principios más universales. La teología necesita de la filosofía como necesita de la razón. La teología es, sí, la reina de las ciencias y a ella deben servir todas las demás ciencias, pero la teología humana

(1) Discurso pronunciado en la solemne inauguración del Instituto de Filosofía de Las Caldas de Besaya, 10 de enero de 1966.

es una reina que no puede prescindir del servicio necesario de las esclavas, es decir de las ciencias humanas, si es lícito hablar de este modo.

Si, pues, la teología es necesaria en la Iglesia, lo es también la filosofía, ya se entienda en el sentido amplio de los antiguos, ya en el sentido más restringido de los modernos.

Tal vez se objetará que, para orientarnos y salvarnos, para conocer el verdadero camino de nuestra salvación y santificación, es suficiente la Sagrada Escritura y, especialmente, el Santo Evangelio. Jesucristo vino al mundo, para enseñarnos lo que debíamos creer, orar y obrar para salvarnos. Saber eso y practicarlo, basta.

Es una equivocación radical esta manera de pensar. Ciertamente que un profundo conocimiento filosófico y científico no es necesario para todos. Pero también es cierto que todos necesitan un mínimo de formación intelectual para comprender la doctrina revelada y, en general, puede decirse que, cuanto más perfecta sea esta formación intelectual, mejor dispuesto se encuentra el hombre para conocer, amar y asimilar la revelación.

Pero, sobre todo, las ciencias y la filosofía son necesarias a la Iglesia como sociedad encargada de conservar, explicar, propagar y transmitir el depósito revelado. Sin la ayuda de las ciencias humanas es imposible entender, ni explicar, ni defender la doctrina contenida en las Sagradas Escrituras. La filosofía, en su sentido restringido actual y las demás ciencias y artes humanas, son, en su mayor o menor grado, todas necesarias para que la Iglesia pueda cumplir el sagrado ministerio que Jesucristo le ha confiado.

Es evidente que la interpretación que dará la razón humana de la Sagrada Escritura y de todo el depósito revelado será diversa según que esté informada por una filosofía idealista, materialista, positivista, marxista, o por la filosofía tomista, si se quiere, escolástica en general. Y como no es posible que el hombre no posea alguna filosofía, tampoco es posible que pueda interpretar bien la revelación si su filosofía no es sana y verdadera.

La historia y la experiencia cotidianas se encargan de demostrar con toda evidencia la verdad de estas afirmaciones. Todas las herejías han tenido en general un origen en una falsa filosofía. Me contentaré con citar un ejemplo actual muy elocuente. Tal vez el teólogo de mayor prestigio y de mejor influjo entre los protestantes sea, hoy día, Bultmann. De él me decía un protestante de prestigio, que

arrastraba con su teología muchos jóvenes al ateísmo, y me preguntaba que si era muy leído en España, temiendo que aquí pudiera hacer mucho daño. Pues bien, un eximio exégeta afirmaba que su falsa teología y la interpretación falsa de la Sagrada Escritura proceden de su falsa filosofía existencialista.

La filosofía, considerada en sí misma, en el orden natural puro, sin relación a la teología, es también necesaria, esencial al hombre, sobre todo entendida en el sentido amplio del deseo de buscar y de conocer las causas de los fenómenos, de las cosas.

Nunca olvidaré la grata impresión que me produjo un diálogo entre una madre y un niño que yo escuché hace ya muchos años. Volvía yo de la clase de la Universidad de Madrid y era un día espléndido de sol. Subía por la Castellana; delante de mí iba una madre con su niño de siete u ocho años. Delante de nosotros se posó una bandada de pardales. El niño fue corriendo hacia ellos para coger uno. Cuando ya estaban cerca, levantaron el vuelo. El niño se vuelve con la cara un poco triste y le dice a su madre:

—"Mamá, ¿por qué vuelan los pájaros?"

—Porque tienen alitas.

—Y ¿por qué tienen alitas?"

La madre, no sabiendo ya que responder, se calló.

Es el ansia de saber que se manifiesta ya, en los primeros años, con una naturalidad y sinceridad encantadora. Es la función natural necesaria de la razón. Como los ojos no pueden menos de ver y los oídos oír en su funcionamiento normal, así la razón humana no puede menos de filosofar en su funcionamiento normal y espontáneo. Para la razón es tan necesario filosofar como para la vista ver y para el oído oír y para el estómago digerir. La presencia de un fenómeno despierta en la razón el deseo espontáneo de conocer su causa, como en el niño el deseo de saber por qué los pájaros vuelan y tienen alitas.

La filosofía, considerada en el sentido moderno, como limitada al campo supremo del saber humano, distinto del saber científico, es aún la reina de las ciencias y de todo el saber y la dominadora del mundo. Derecho y honores que, propiamente, pertenecen a la metafísica.

Tal vez alguno, al contemplar los maravillosos inventos de la ciencia que superan los límites de lo que jamás el hombre imaginara que llegaría a alcanzar, pudiera creer que, considerar todavía como

un valor supremo el conocimiento filosófico, es algo ya del todo superado, anacrónico y medioeval. Ante estos progresos gigantescos de la bomba atómica, de las máquinas electrónicas, de la automatización, de cohetes espaciales, de los satélites artificiales que giran al rededor de la tierra, de la proximidad de un viaje a la luna, de los misterios de la vida que se han descubierto, del psicoanálisis que revela el campo desconocido del subconsciente, etc., se puede llegar a creer que las ciencias positivas resolverán todos los problemas que angustian al hombre en este mundo y le darán la felicidad en un próximo futuro. La filosofía aparece entonces como algo puramente inútil e ilusorio, o a lo sumo, debe limitarse a ocupar un lugar muy secundario entre los conocimientos que deben dar al hombre el dominio de este mundo y proporcionarle su verdadera felicidad.

Esta manera de pensar había sido expresada ya por un diputado marxista en el Parlamento de la República española, contestando a Unamuno, que había manifestado la insuficiencia de la ciencia para resolver los problemas humanos y la necesidad, por tanto, de recurrir a otras ciencias y a la religión.

Pero examinada atentamente, con ánimo sereno e imparcial, aparece enseguida superficial e impresionista, sin fundamento en la realidad de las cosas. Y es que el hombre lleva en sí algo que trasciende la materia, el espacio y el tiempo, algo muy superior a todas las cosas materiales y a todo el universo, considerado en conjunto, por grande y admirable que pueda aparecer y ser. Es lo que alguien ha dicho con frase gráfica: "El hombre es portador de valores eternos". Es decir, el hombre tiene un alma espiritual, con una inteligencia de capacidad infinita para conocer y con una voluntad de capacidad, también infinita, para desear y amar, y ni una ni otra pueden contentarse con la perfección de conocimiento y amor que puede recibir de las cosas materiales, limitadas, finitas e inferiores. Querer que el alma humana se contente con el conocimiento y amor de las cosas temporales, sin aspirar a otro conocimiento y otro amor más perfectos y a la posesión de otra vida superior, es lo mismo que pretender que el sediento se contente con un poquito de agua, del todo insuficiente para saciar la grande sed que le devora las entrañas.

Aún cuando el progreso de la ciencia llegara a tanto que un día pudiera el hombre recorrer el universo de un extremo al otro, —cuya distancia dicen que supera a los 13 mil millones de años de luz, recorriendo la luz trescientos mil kilómetros por segundo—; aún cuando

llegara a poder convertir en oro todos los metales, lo que ya puede hacer en mínimas cantidades, aún cuando llegara a desvelar todos los secretos de la vida y aumentar su duración por cientos de años; aún cuando lograra satisfacer todas las necesidades corporales sin grande trabajo, todo ésto no lograría satisfacer su ansia de verdad, de amor y de perfección, porque todas estas verdades y todos estos bienes son inferiores a la perfección y capacidad de la inteligencia y de la voluntad y, por lo tanto, no pueden llenarlas y calmarlas. El hastío, el aburrimiento y la insatisfacción se manifestarían bien pronto y con una fuerza irresistible que nada ni nadie pueden impedir. Es lo que sucede con frecuencia a los que, ya hoy día, abundan en bienes materiales, sin otras aspiraciones más elevadas. No puede dudarse que Unamuno tenía razón contra el diputado marxista.

Además, la filosofía es absolutamente necesaria, porque es la que enseña, educa y forma al hombre para usar rectamente de las cosas y de los inventos de la ciencia, para que puedan proporcionarle la felicidad posible en este mundo y no se conviertan, como sucede con frecuencia, en fuente de preocupaciones, temores, angustias y sufrimientos mayores. La ciencia inventa la espada y la bomba atómica, pero la que enseña el recto uso de esos medios o instrumentos es la filosofía.

Como cristianos sabemos que tampoco basta la filosofía para solucionar el problema del hombre y darle la felicidad. Pero, en el orden humano natural, es y será siempre la ciencia suprema que mayor influjo tiene en la felicidad o infelicidad de la humanidad. La verdad y el bien que ella proporciona al hombre son muy superiores a la verdad y bien que le proporcionan las ciencias positivas, aunque los inventos científicos puedan, por el momento, deslumbrar y parecer superiores. La experiencia se encarga bien pronto de demostrar que el verdadero progreso filosófico y moral es más importante para la felicidad verdadera.

La historia nos enseña que existen en el mundo muchas filosofías: la platónica, la aristotélica, la estoica, la empírica, la escolástica, la tomista, la nominalista, la suareciana, la cartesiana, la kantiana, la idealista, la positivista, la existencialista, la marxista, la árabe, la indiana, la china, etc. ¿Son todas igualmente verdaderas e igualmente útiles, de tal manera que cada cual pueda elegir la que más le plazca?

Es evidente que la filosofía, si es verdadera ciencia como lo es, no puede ser más que una. Como no puede haber más que una física o una química.

Y ¿cuál es esta filosofía única y verdadera? La elección para nosotros no puede ofrecer dificultades ni duda de ningún género. La única verdadera filosofía es la aristotélico-escolástica y, dentro de la escolástica, es necesario dar la preferencia a la tomista.

Y los motivos de esta elección no son prejuicios inveterados, ni intereses de familia, ni cuestiones de gustos, ni imposición de autoridad, ni otros semejantes, más o menos bastardos, sino sólo y exclusivamente, el valor objetivo de la misma. La filosofía tomista es la más natural, la más racional, la más humana, la más conforme a la experiencia y a la razón, la más coherente en su conjunto y, por consiguiente, la única verdadera en sus principios fundamentales y en sus líneas generales. Y, para demostrar que esta afirmación no es gratuita, basta considerar que esta filosofía es la única que puede admitir y admite el valor objetivo de los primeros principios de la razón, el valor objetivo del conocimiento sensible e intelectual, la existencia real exterior del mundo material y la posibilidad de adquirir de él un conocimiento cierto, objetivo y verdadero; la multiplicidad de seres materiales, la existencia del movimiento o cambio, la distinción entre substancia y accidente, la inmutabilidad de las esencias de las cosas, la distinción esencial entre el conocimiento sensible y el intelectual, el origen sensible de todo el conocimiento intelectual humano y la transcendencia del mismo, la espiritualidad e inmortalidad del alma, la existencia de Dios, como ser distinto, creador de todas las cosas y que tiene Providencia de los hombres, la posibilidad de llegar a conocerlo, la obligación de darle culto, la existencia de una ley moral objetiva, a la cual el hombre debe conformar su conducta, la unidad específica de todos los hombres, el derecho de todos los hombres a poseer los medios necesarios para llevar una vida digna de su naturaleza como ser racional y como hijo de Dios, la obligación de respetar la dignidad de la persona humana y la conciencia y libertad individuales dentro de los límites racionales de la ley moral.

Estos y otros principios absolutamente necesarios y verdaderos sólo se pueden salvar y defender dentro de la filosofía escolástica y, sobre todo, dentro de la tomista. Cualquier otra filosofía, o los niega en todo o en parte, o los deforma o, si los admite, es incurriendo en

alguna contradicción o alegando argumentos y métodos inconsistentes, que más bien perjudican la causa que defienden, haciendo creer a los adversarios que las tesis que se apoyan en tales argumentos sin valor son también infundadas e ilusorias. Y la negación o deformación de algunos de estos principios lleva necesariamente a errores graves en el orden natural que, a su vez, exigen lógicamente la negación o falsa interpretación de alguna verdad de orden sobrenatural.

Se comprende bien que, siendo la filosofía de Santo Tomás la más conforme a la verdad de orden natural, sea también la más conforme a la verdad revelada, lo que explica perfectamente el elogio máximo que le ha dado León XIII :

"Rationem, ut par est, a fide apprime distinguens, utramque tamen amice consocians, utriusque tum iura conservavit, tum dignitati consuluit, ita quidem ut ratio, ad humanum fastigium Thomae pennis evecta, iam fere nequeat sublimius assurgere ; neque fides a ratione fere possit plura aut validiora adiumenta praestolari quam quae iam est per Thomam consecuta".

"Santo Tomás, dice, distinguiendo claramente la razón de la fe, como es recto, armonizando, sin embargo, amigablemente las dos, logró conservar los derechos y salvar la dignidad de cada una, de tal manera que la razón, elevada en alas de Tomás a la cumbre del valor humano, parece que ya no pueda subir a un nivel más sublime, ni la fe pueda recibir de la razón auxilios más valiosos que los ya conseguidos por Tomás". (*Enc. Aeterni Patris*; Fontes C. I. III p. 145).

Nadie puede maravillarse que la Iglesia haya dado siempre la preferencia a la filosofía de Santo Tomás y que sea la principal y más recomendada a los católicos, deseando que los principios y líneas fundamentales de esa filosofía sean siempre para todos los católicos la base y guía de sus especulaciones filosóficas. Esta preferencia no significa que los demás autores no han de ser estimados y tenidos en cuenta, sobre todo cuando se trata de autores católicos y más aún, cuando se trata de SS. Padres y Doctores. Gracias a Dios esta cuestión espinosa de la relación de la filosofía de Santo Tomás con los otros filósofos y doctores, especialmente católicos, ha sido magníficamente resuelta a satisfacción de todos por el Papa Pablo VI en el discurso al último Congreso tomista de Roma del año pasado. Preferencia no significa exclusividad, ni olvido, ni desestima de otros

autores. Santo Tomás es el primero, el principal, el más insistentemente recomendado, pero no el único, exclusivo.

“La preferencia concedida al Aquinas —preferencia y no exclusividad— se refiere a su realización ejemplar de la sabiduría filosófica y teológica no menos que a la armonía, al acuerdo armonioso que ha sabido obtener entre la razón y la fe” (Congr. Intern. Tomístico de 1965).

Hay otros muchos autores, entre los cuales, sin duda alguna figura en primer lugar S. Agustín, que la Iglesia tiene en gran estima y recomienda con insistencia.

Tampoco esta preferencia quiere decir que toda la verdad esté en Santo Tomás. No se puede negar que en otros autores y filósofos puede haber y hay algunos tratados o aspectos de la filosofía y teología en los cuales algunas verdades están expuestas con mayor claridad y solidez o perfección, y otros en los cuales se estudian y exponen cuestiones importantes de las cuales no ha tratado Santo Tomás, o las ha tratado de un modo insuficiente. Sobre todo se verifica esto necesariamente en muchos problemas y aspectos nuevos que han surgido en los siglos posteriores y en ciencias nuevas, totalmente desconocidas por los antiguos o que sólo han sido vislumbradas por ellos.

La Iglesia ama sobre todo la verdad revelada sobrenatural de la cual es depositaria por derecho divino, pero ama también cualquier otra, donde quiera que se encuentre y cualquiera que sea el que la diga.

Y Santo Tomás, con el espíritu eclesial que le caracteriza, nos enseña que la verdad no consiste precisamente en saber qué han pensado y enseñado los hombres, sino en conocer la verdad de las cosas como son en sí mismas. En este sentido recomienda la Iglesia el magisterio de Santo Tomás. Ciertamente no como un mero ejemplo que debemos imitar en cuanto a su amor a la verdad, su studiosidad, su amplitud de criterio para aceptar la verdad, su maravilloso arte de aprovecharse de todas las filosofías de su tiempo, especialmente de la filosofía aristotélica, para construir la verdadera filosofía que había de servir a la verdad revelada. Santo Tomás debe ser imitado en todos estos ejemplos que nos ha dejado. Pero la recomendación de la Iglesia exige mucho más. Recomienda (y recomienda con una insistencia tal que la recomendación es una exigencia), que se estudien y

acepten los principios fundamentales y las líneas generales de la verdadera esencia de la filosofía del Santo.

Más de cien documentos pontificios insisten de una manera clara y evidente en la necesidad de aceptar la filosofía de Santo Tomás en el sentido explicado. Más de ochenta Papas, muy diferentes por su carácter, por su formación doctrinal, por sus ideas, por las circunstancias en que se encontraron, han coincidido en reconocer la importancia primordial de la filosofía de Santo Tomás y en recomendarla siempre con calor y entusiasmo, dándole siempre la primacía. (Yo he conocido cuatro Pontífices con una personalidad bien diversa, que fueron Pío XI, Pío XII, Juan XXIII y Pablo VI. Los cuatro se han distinguido en muchas cosas, pero, en lo referente a la estima, preferencia y recomendación de Santo Tomás, en los cuatro se halla una coincidencia maravillosa. Esto nos demuestra, como decía acertadamente el Cardenal Billot, que no es éste o el otro Pontífice el que habla en estas recomendaciones, sino Pedro, el Vicario de Cristo, al cual todos los fieles tenemos la obligación de obedecer.

Se ha dicho que Santo Tomás ha sido menos citado y estimado en el Concilio Vaticano II. No negaré que hubo un sector que ha manifestado una cierta resistencia a que la filosofía y teología de Santo Tomás fuera expresamente recomendada y que Santo Tomás fuera el único Doctor recomendado en el texto conciliar. Entre éstos tal vez alguno pudiera ser movido a proceder de ese modo por creer que la filosofía de Santo Tomás había sido ya superada o, al menos, que había perdido valor y actualidad para los tiempos presentes. Pero la mayoría de los que así opinan, sin duda lo hacían no tanto por esos infundados motivos, como por temor a que esta recomendación de la doctrina de Santo Tomás pudiera coartar la libertad de investigación o significar poca estima para los otros doctores de la Iglesia.

Sin embargo, si examinamos atenta e imparcialmente los hechos actuales, me atrevería a afirmar que nunca el papel tomista ha sido cotizado más alto, si es lícito hablar en términos económicos tratando de valores espirituales.

Más de 620 Padres Conciliares han pedido al Concilio en documento escrito y firmado que en la enseñanza, no sólo de la teología, sino también de la filosofía, se conserve santamente la doctrina de Santo Tomás, al menos en sus principios y líneas generales. Más de otros 400, en diversos modos, han hecho la misma petición un poco más atenuada. Por lo tanto más de mil Padres Conciliares han pe-

dido que expresamente figurase el nombre de Santo Tomás en el texto Conciliar.

Y es de mucha importancia advertir que los Padres que firmaron tales peticiones pertenecen a todas las regiones del mundo y a todas las más variadas culturas: italianos, franceses, españoles, portugueses, belgas, alemanes, checoslovacos, yugoslavos, polacos, irlandeses, ingleses, orientales, del Irak, Pakistán, India, Vietnam, Japón, Formosa, Filipinas, Norteamérica, Iberoamérica, Africa, Australia, etc. No debo tampoco omitir que, entre ellos, hay probablemente más de cincuenta Cardenales.

No es, pues, de extrañar que, ante una manifestación tan clara y elocuente de un número tan considerable de Padres de tal prestigio y de regiones y culturas tan diversas, el Concilio haya juzgado necesario consignar en el Decreto sobre la Formación Sacerdotal que "los estudiantes de teología, *siguiendo a Santo Tomás como Maestro*, deben aprender a penetrar y comprender más íntimamente los misterios de la salvación para poder después explicarlos mejor". Y, en el Decreto sobre la Educación cristiana de la juventud, "que en las Universidades que dependen de la Iglesia se debe procurar que, considerando con grande atención todas las cuestiones y progresos de las nuevas ciencias, aparezca siempre más claramente la armonía entre la fe y la razón, puesto que la verdad no puede ser más que una, siguiendo las huellas de los Doctores de la Iglesia, *sobre todo de Santo Tomás de Aquino*".

Dos cosas conviene destacar de estos textos. Ante todo que es la primera vez que un Concilio Eucuménico recomienda expresamente un Doctor; y en segundo lugar, que este Doctor único es Santo Tomás de Aquino. Mayor honor no se le podía conceder.

A estas recomendaciones explícitas en el texto, deben añadirse otras implícitas, pero bastante claras, significativas y de grande valor, al recordar en notas algunas ponderaciones y aprobaciones fuertes de la Encíclica "Humani Generis" y del actual Papa Pablo VI, referentes a la doctrina de Santo Tomás. Teniendo todo esto presente bien podemos decir que el Concilio Vaticano II ha confirmado plenamente las palabras de León XIII cuando decía: "Ipsa quoque Concilia Oecumenica, in quibus eminent lectus ex toto orbe terrarum flos sapientiae, singularem Thomae Aquinatis honorem habere perpetuo studuerunt".

Y no menos importante es advertir que un examen profundo de los documentos conciliares muestra, en muchos puntos principales, una maravillosa armonía entre las doctrinas allí expuestas y las enseñanzas filosóficas y teológicas de Santo Tomás.

Por lo tanto, nos atrevemos a afirmar sin temor a equivocación que la doctrina de Santo Tomás sigue siendo el auxiliar más poderoso para defender y explicar los Documentos Conciliares, confirmándose así, una vez más, la declaración de muchos Pontífices de que la filosofía de Santo Tomás es la más conforme a la revelación y el instrumento mejor para su defensa y explicación. Algo se ha hecho ya en este sentido respecto de los documentos de este último Concilio, y pronto aparecerán trabajos más completos que a muchos han de causar admiración.

Muy oportunamente nos advierte Pablo VI que, "guardiana de la verdad revelada recibida por la fe sobrenatural, la Iglesia sabe bien que esta admisión supone un espíritu capaz de nociones inteligibles y de afirmaciones ciertas sobre el ser de las cosas y sobre Dios. De lo contrario, la palabra de Dios, propuesta y conservada bajo forma de afirmaciones humanas, no sería accesible en cuanto Verdad absoluta" (Discurso al VI Congreso Tomista Internacional, 1965).

Y a la cuestión propuesta por Pío XII "si el edificio que Santo Tomás de Aquino ha construido con elementos reunidos y ordenados más allá y por encima de todos los tiempos y que le suministraron los maestros de todas las épocas de la sabiduría cristiana, descansa sobre una base sólida, conserva siempre su fuerza y eficacia, si protege aún de una manera eficaz el depósito de la fe y si podemos aún estar seguros de su uso y dirección para los progresos nuevos de la teología y filosofía", Pablo VI responde claramente: "Siguiendo a este gran Pontífice nosotros respondemos positivamente a estas cuestiones y, por consiguiente, nosotros continuamos recomendando la obra de Santo Tomás como una norma segura para la enseñanza sabrada". (id).

Y todavía en fecha más reciente, 8 de octubre de 1965 en discurso a la Fundación Canadiense de la Edición Leonina, de una manera más clara, terminante y fuerte, si cabe, enseñaba: "Por su grandeza la obra del Aquinas merece el respecto de todos e impulsa el estudio tanto de sí misma como de la tradición, en la cual hunde sus raíces. Y esta tradición de pensamiento, lejos de haber perdido su valor y vigor, tiene aun una misión que ejercer en nuestros días en los estudios filo-

sóficos y teológicos en el seno de la Iglesia. El sistema tomista se recomienda ya a la atención del hombre moderno por sus métodos pedagógicos, especulativos y espirituales. *Pero el Magisterio de la Iglesia Católica lo presenta además como una norma segura para la enseñanza de las ciencias sagradas.*

No hay por lo tanto razón para temer que esta fidelidad a Santo Tomás cierre los ojos al progreso del pensamiento, especialmente en el dominio científico. Vosotros lo sabéis bien, señores, por experiencia; *el trato frecuente con Santo Tomás, lejos de llevar al exclusivismo, al formalismo y a la abstracción, da una formación sólida y apropiada al arte de bien pensar y apreciar también y de comprender todas las otras manifestaciones del espíritu humano. Es la fidelidad inteligente que inspira un tal Maestro*".

Los elogios, exhortaciones y recomendaciones del Papa actual acerca de la doctrina de Santo Tomás son tantos y tales, que un teólogo eminente decía que, con este Papa, el tomismo estaba hoy día a la altura de sus mejores tiempos.

Ante estos argumentos y hechos no inventados, sino bien comprobados, ¿quién, honradamente, se atreverá a afirmar que la filosofía y teología de Santo Tomás han sido ya superadas y deben considerarse como algo anticuado, sin valor actual? Sólo la ignorancia o una mente llena de prejuicios puede afirmar tales falsedades. La filosofía de Santo Tomás es hoy tan viva, actual y necesaria como en los siglos pasados.

Este honor singularísimo concedido a Santo Tomás impone a todos aquellos que quieran seguir fielmente las orientaciones tan claras de la Iglesia y hacer frente a las necesidades de los tiempos presentes, una responsabilidad que, para nosotros los dominicos, es gravísima. Es la responsabilidad de conocer con la mayor perfección posible la verdadera doctrina de Santo Tomás y la obligación urgente de ponerla al día. Debemos con una gran sinceridad examinarnos y ver si la causa de que la doctrina de Santo Tomás sea considerada por algunos como anticuada y superada, o sea, menos estimada de lo que debiera serlo, no se halle en gran parte en nosotros, que no hemos sabido darla a conocer y mostrar su perenne vitalidad.

Sin duda alguna hay aquí una grande, urgente e ingente labor que se debe realizar, si deseamos que nuestro santo Doctor siga sien-

do lo que fue en otros tiempos: luz y guía de las mentes rectas y bien intencionadas que, imparcialmente, buscan la verdad.

He aquí el campo difícil, extenso, que con todo esmero debe cultivar esta nueva Facultad de Filosofía que hoy inauguramos. Y si no fuera porque mi discurso vaya resultando extremadamente largo, me agradaría no contentarme con estas afirmaciones generales, sino demostrar la verdad de las mismas con ejemplos en los que aparecieran claras la verdad, actualidad, vitalidad y utilidad de algunas de las doctrinas del Angélico Doctor. Me agradaría manifestar cómo el concepto de filosofía de Santo Tomás deshace muchos falsos prejuicios que influyen perniciosamente en los modernos sistemas de filosofía; que su concepto del uso de los bienes de este mundo es muy diferente del que atribuyen los comunistas a la Iglesia y a los católicos y que su doctrina sobre el ser y el conocimiento humano destruye, en su raíz, los sistemas filosóficos idealistas y positivistas mejor contruidos. Sería interesante ver como Santo Tomás es el más idealista de los idealistas, sin encerrarse en una absurda inmanencia; y el más positivista de los positivistas, sin caer en un materialismo grosero o en un subjetivismo escéptico y estéril; y el más existencialista de los existencialistas, sin negar el valor de las esencias, porque en la filosofía de Santo Tomás nunca se puede percibir ni pensar una esencia, una idea universal, sin pensar y sin percibir, al mismo tiempo, seres sensibles, singulares y actualmente existentes, ni se pueden conocer ni pensar en estos seres sensibles, singulares, sin ideas universales, sin pensar en las esencias abstractas.

He aquí, amados jóvenes estudiantes y profesores, una tarea difícil, sí, pero hermosa, llena de esperanzas consoladoras en frutos ciertos y óptimos. He aquí una empresa sumamente útil a la Iglesia en los tiempos actuales y muy propia y honrosa de filósofos dominicos.

He aquí, amados jóvenes estudiantes, el medio más eficaz para formaros y prepararos, en conformidad con las nuevas orientaciones de la Iglesia, especialmente con las consignadas en los Documentos del Concilio Vaticano II, para realizar un apostolado espléndido, en el mundo presente que habeis de vivir. No debeis dudar que en los libros de Santo Tomás habeis de encontrar una mina de oro para comprender mejor y explicar con mayor solidez, seguridad y claridad esos documentos. Muchas veces este oro lo encontraréis sin grande

esfuerzo, abundante y puro, en la superficie del texto del Santo, claro y sencillo. Otras veces será necesario cavar más hondo para descubrirlo, o bien trabajar para librarlo de la ganga que le envuelve debido a las circunstancias en que tales libros fueron escritos, para que así pueda ser estimado, amado y aplicado a la solución de los problemas actuales. Es también necesario y urgente hacer la historia del tomismo antiguo y moderno para separar lo verdadero de lo falso, lo auténtico de lo falsificado, lo perenne de lo caduco.

“En esta humilde y confiada diligencia de la fe que busca la inteligencia, vosotros debéis amar de corazón y conservar con el pensamiento de Santo Tomás un contacto vivificante y fecundo. Mostrareis así, por vuestro ejemplo, que el tomismo, lejos de ser un sistema estérilmente cerrado sobre sí mismo, es capaz de aplicar con éxito sus principios, sus métodos y su espíritu a las tareas nuevas que la problemática de nuestro tiempo propone a la reflexión de los pensadores cristianos” (Congr. Intern. Tomístico, 1965).

Basten estas consideraciones para probar la importancia que pueda tener esta Facultad de Filosofía que hoy inauguramos. Sin duda alguna puede hacer un bien muy grande a la Iglesia y a la humanidad en esta era postconciliar. Así lo esperamos y con esta esperanza la inauguramos hoy en presencia de tan distinguidas y tantas personalidades de la Orden y de fuera de la Orden.

P. ANICETO FERNANDEZ, O. P.

Maestro General de la Orden de Predicadores